

## MIGUEL ANGEL, POETA

Escribe: NESTOR MADRID-MALO

Con motivo del cuarto centenario de la muerte de Miguel Angel —que se cumplió el pasado 18 de febrero— muchas han sido las publicaciones conmemorativas que han tenido lugar en Colombia. Se ha destacado —incluso en importantes actos académicos— la significación de esa figura cimera del Renacimiento italiano y de su genial contribución a la cultura artística de occidente. Se ha recordado su titánica personalidad, y evocado los trazos esenciales de su vida, tan dolorosa y humanamente sobrellevada. Pero nadie —que sepamos— ha hecho referencia a su condición poética, a la forma como él vivió y sintió la poesía, trasmutándola en madrigales y sonetos que, si no logran la delicadeza y altura de los grandes poetas del siglo XVI italiano, sí nos revelan de qué modo el ciclópeo espíritu de Buonarroti sabía hacer vibrar con autenticidad y vigor sus mejores acordes líricos, al tiempo que —cual maravilloso demiurgo— hacía saltar del mármol, al conjuro de su mano prodigiosa, los vigorosos trazos de su “David” o del “Moisés”, o la gracia infinita de la “Pietá”.

Porque en este hombre impar se conjugaron armoniosamente la épica y la lírica. Aquella dominó su arte, bajo el influjo poético de Dante y el ético-religioso de Savonarola, y estalló en esa plástica evocación de la “Divina Comedia” que es el “Juicio Final”, o en la flamígera grandiosidad —que casi podría denominarse “divina monstruosidad” del Moisés—. La otra —la lírica— aparece con delicada serenidad en ciertas esculturas, como la ya citada “Pietá” vaticana, en “La Virgen y el Niño” y otras estatuas de la Capilla Medicea de Florencia, en las cuales, en cambio, podría quizá observarse lo que en él hubo de influencia petrarquiana. Pero es en sus poemas donde todo lo lírico que bullía en su alma obtiene plena concreción. En primer término, el amor. El amor, así a secas, sin calificativos ningunos, porque Miguel Angel fue un “enamorado del amor”, sin limitación alguna, un hombre que “amaba todo”, como dice Giovanni Papini. Por eso este autor ha podido decir: “No podremos comprender a Miguel Angel ni su vida o su obra, si no recordamos a cada instante que fue uno de los más ardorosos y perpetuos enamorados de todos los tiempos” (1).

Y de ese amor —a un hombre, a una mujer, a su arte, a la naturaleza, a Dios— nos ha dejado testimonio abundante en su poesía, cauce inigualable para aquel capital sentimiento humano. Es así como sus “Madriga-

les" pueden ser considerados muy justamente como un amoroso breviario, donde —al muy italiano estilo de entonces— se cantan todas las penas, glorias y vicisitudes del amor. Y cosa parecida puede afirmarse de sus "Sonetos", aunque ya en estos el tema del amor asume más grave formulación y tono, al igual que los restantes temas que los inspiraron, pues estos poemas se resienten de una cierta dureza expresiva. Como si también las palabras hubieran surgido aquí —al golpear del buril de su inspiración— laboriosa y frenéticamente al tiempo. Y como si también en este terreno no hubiera tenido mucha prisa o interés en acabar y desarrollar las ideas y conceptos poéticos, tal como con frecuencia sucedió con sus esculturas, por lo cual no sorprende que aquellos resulten así apretados y no pocas veces oscuros. Esta influencia de su arte preferida —la escultura— sobre su poético menester —tanto en la temática como en la forma— es cosa bien visible en el magno creador toscano y ha sido puesta de relieve por algunos de sus biógrafos y estudiosos, tales como Karl Frey —el autor de la excelente edición crítica de las "Rimas" (1897—, Francesco Flora (2) y Romain Rolland (3).

---

La vocación poética de Miguel Angel fue algo consustancial con su propia vida y aparece en él desde muy temprana edad. En efecto, hay noticias de que ya desde niño componía versos, con los cuales acostumbraba cubrir sus dibujos y cartas, corrigiéndolos incesantemente. Quizá contribuyó mucho a estimular esta vena lírica del adolescente Buonarroti, la amistad con un fino poeta como el Poliziano, a quien conoció y trató a raíz de su ingreso al servicio de Lorenzo el Magnífico, y quien sin duda ejerció gran influencia sobre su naciente manera lírica. Sin embargo, pocas son las poesías que quedan de esta época inicial, pues en 1518 —acaso tratando también de hacer una pequeña "quema de vanidades", al estilo de su admirado Savonarola— dio a las llamas muchos de sus poemas y dibujos. Entre aquellos debieron estar muy seguramente algunos sonetos, pues según su amigo y biógrafo Condivi (4), ya por el año de 1500 cultivaba Miguel Angel esa forma poética, aunque de manera esporádica. En realidad, su verdadera obra poética, la que ha llegado hasta nosotros, comienza a partir de su definitivo retorno a Roma en 1534, que luego crece y se purifica bajo el estimulante influjo que para él representó la amistad —¿o el imposible amor?— por Vittoria Colonna, a quien conoció en 1535, aunque sus relaciones solo comenzaron efectivamente a fines de 1538, cuando ella tenía cuarenta y seis años y él llegaba ya a los sesenta y cuatro. Las huellas que en su obra y en su espíritu habría de dejar esta admirable mujer —gran poetisa ella también— son bien identificables en los poemas de esta época y duraron hasta la muerte del genio. Todo el período final de su poesía está, en efecto, pleno del impacto que en él dejó la autora de los "Sonetti Spirituali", que ella envió a Miguel Angel a partir de 1539 y los cuales —al decir de Romain Rolland— "abrieron en su genio poético una vía nueva, que le haría entonar inmortales acentos" (5).

No daba Miguel Angel mucha importancia a sus versos y jamás pensó en darlos a la publicidad, aunque hay datos de que muchos poemas suyos circulaban en copias entre sus amigos más cercanos. Pero cuando, a par-

tir de 1540, conoce al banquero Luigi del Riccio —quien era además, espíritu muy cultivado— y al escritor Donato Giannotti —autor de los famosos “Diálogos” sobre Dante en los cuales Miguel Angel figura como interlocutor—, estos buenos amigos suyos le incitan a publicarlos. En efecto, hacia 1545, Giannotti se ocupa seriamente de ello y obtiene que el artista haga una selección de sus versos con ese fin. Pero dos acontecimientos funestos —la muerte de Riccio en 1546 y la de Vittoria el año siguiente— llenan de congoja su alma y los versos se quedan inéditos hasta después de la muerte del escultor-poeta. De allí que solo en 1565 —al año de su tránsito terreno— pudieron aparecer dos sonetos suyos en una antología. Además, por esa época muchos de sus madrigales son musicalizados por notables compositores como G. Archadelt —“Primo libro dei madrigali”—, Bartolomeo Tromboncino, Costanzo Festa y otros. Pero aún en vida suya algunas de sus poesías suscitan la admiración de los letrados. Así, por ejemplo, en 1546 el humanista florentino Benedetto Varchi hizo el comentario de uno de sus sonetos —aquél comienza “Non ha l’ottimo artista...” (6) ante la Academia de Florencia y al hacer su elogioso comentario no vaciló en considerarlo “d’antica purezza e dantesca gravità”. Y en verdad que no exageraba el erudito toscano, pues ese soneto es uno de los mejor logrados de Miguel Angel.

---

¿Poseía Miguel Angel alguna cultura literaria? Papini nos cuenta que desde muy joven era aficionado “a la lectura de los poetas en lengua vulgar” (7). Es decir, en el italiano de la época, pues no conocía el latín ni el griego. Y a muy temprana edad debió dedicarse a ello —y en especial a la lectura de Dante y Petrarca—, si ya en 1494, durante su permanencia en Bolonia, podía recitar cantos enteros del poema dantesco. Por otra parte, no hay que olvidar la indudable influencia que sobre Miguel Angel debió ejercer —a partir de 1490, fecha en que ingresa al Palacio Medicis— el trato con un hombre de la calidad intelectual y espiritual de “messer” Agnolo Poliziano, poeta y humanista de primer orden, quien era una especie de Anacreonte toscano. Fue él, sin duda, quien lo puso en contacto con la antigüedad clásica y, en especial, con los escritores italianos de los siglos anteriores, “incitándolo al estudio”, según expresa Condivi en su citada obra. Y esta afición por lo literario, por la frecuente lectura, fue para él un refugio —al igual que la poesía— en épocas críticas de su vida. Así, por ejemplo, cuando alrededor de 1504-1505 —después de haber terminado el cartón de la “Batalla de Cascina”— le sobrevino uno de esos estados depresivos que no pocas veces le asaltaron, Miguel Angel abandona la pintura y la escultura y —como dice el mismo Condivi— “se estuvo algún tiempo casi sin hacer cosa alguna en tal arte y entregado a la lectura de los poetas y oradores vulgares y a hacer sonetos para su propio deleite”. ¿Por qué razón? Papini lo insinúa cuando apunta: “Después de tanta batalla contra la materia, después de tanto alarde anatómico, sintió la nostalgia de la palabra, de las voces del alma” (8). Tuvo, sobre todo, fama de ser un profundo conocedor de Dante y de su “Divina Comedia”. De ello dan fe todos sus biógrafos. Así, el ya mentado Giannotti —en sus “Diálogos” sobre Dante (9)— lo tomó como árbitro autorizado en todo lo referente al poeta florentino. De tal admiración por su inmortal paisano

dio Miguel Angel frecuente testimonio en sus cartas y poemas, como lo hace por ejemplo en aquel soneto que comienza "Dal ciel discese, e col mortal..", en cuyo terceto final expresa su envidia por el exilio y la gloria del divino poeta:

*"Fuss'io pur lui! c'a tal fortuna nato,  
per l'aspro esilio suo, con la virtute  
dare' del mondo il piú felice stato".*

Y grande fue, ciertamente, la influencia que sobre él ejerció Dante, en no menor medida que la debida al Petrarca, de quien también se pueden reconocer trazos en ciertos temas y motivos poéticos de Miguel Angel. Tales ascendientes son explicados así por Papini: "En Dante encontraba aquella idea suya de un cristianismo austero y orgulloso que había reconocido en la dura elocuencia de Savonarola; en el Petrarca, ese pesimismo estético, aunque entibiado por el amor y la fe, tan en consonancia con la naturaleza de su espíritu. En Dante se recreaba también su genio de escultor, aquella aspiración suya por lo gallardo, elevado y ciclópeo, que ya manifestaba claramente en sus obras: su "David" retador tiene cierta afinidad con Capaneo, y sus "Esclavos" adoptan actitudes inspiradas por los condenados del "Infierno". De Petrarca, en cambio, toma esa suave tristeza que veremos en algunos rostros de la Sixtina y de las tumbas de los Medicis, ese no sé qué patético, entre voluptuoso y doloroso, que es uno de los encantos más atractivos de las criaturas miguelangelescas. El arte del Buonarroti no procede solo de Donatello y de Jacopo della Quercia, sino también del poeta de Beatriz y del de Laura" (10).

---

En su introducción a la breve antología de poemas de Buonarroti que acompaña la hermosa edición del libro ya mencionado en Romain Rolland, dice el crítico francés André Chastel: "sus poemas son la introducción, casi indispensable, a los movimientos complejos de su afectividad" (11). Muy justa observación, por cierto, ya que, en verdad, si hay algo que revele casi en detalle todo el ir y venir de su ánima desolada y sedienta de amor, son estos versos en los cuales utiliza una temática y una simbología que son claves para comprender e interpretar muchos aspectos de su vida. Están allí reflejados —como en el alma de todo poeta que lo haya sido realmente— sus agudas crisis espirituales, sus amores: por hermosos jóvenes como Febo di Poggio, Tomasso del Cavaliere o Cecchino Bracci, o por imposibles mujeres, como Vittoria Colonna —su inalcanzable musa lejana, cuya muerte le inspira todo un ciclo poético—; sus preocupaciones artísticas; sus predilecciones o las angustias religiosas de los últimos años. Pues de todo ello deja constancia poética en sus versos, hasta el punto de que cuando en 1623 su sobrino publica por vez primera las "Rimas", modifica y altera algunos poemas dedicados a Tomasso del Cavaliere —el favorito entre todos los que amó— y llega incluso a insinuar absurdamente que aquel nombre era la simbólica manera como Miguel Angel designaba a una mujer, quizá a la propia Vittoria Colonna. Al pobre sobrino —que, sin embargo, fue meritorio escritor— le asustaban los afectos de su ilustre tío, y quiso enmendárselos póstumamente, como si el grande

hombre no estuviera más allá del bien y del mal y esas y en muchas otras cosas. Tuvieron que pasar varios siglos para que los poemas de Miguel Angel se publicaran al fin como su autor los concibió —sin mojigaterías ningunas—, merced a la edición de Guasti en 1886. Pero ha sido por obra del alemán Karl Frey que las “Rimas” han podido ser apreciadas en todo su original esplendor, debido a la edición crítica que de ellas hizo en 1897 y que, según los entendidos, es todavía lo mejor que al respecto existe (12).

La poesía de Miguel Angel es, en opinión de un crítico italiano, algo “aislado en la lírica del Quinientos, pues el mismo petrarquismo del cual parte está superado y transfigurado por la potencia del pensamiento y por la impresión de *lo no acabado* que deja su expresión poética” (13). Tales observaciones responden al juicio que sobre el escultor-poeta han emitido otros estudiosos. Es más —como ya se insinuó al principio de estas notas— esa sensación de cosa trunca, de querer meter en cintura las palabras y los conceptos, le ha valido la fama de poeta oscuro que ya un contemporáneo suyo, Lodovico Martelli, señalaba en su famosa “Canzone in lode di Michelángelo Buonarroti”, cuando decía:

“..... *scrive*  
*Quel que Phebo, Euterpe e'l furor detta,*  
*Et poi quel che egli ha scritto intende apena”* (14).

Y para un crítico de nuestros días —el ya aludido André Chastel— tal reputación de oscuridad obedece a “las formas de expresión del todo hechas, en las cuales introduce acentos bruscos, elipsis y construcciones trabadas” (15). Por ello es evidente que la poesía de Miguel Angel preludia ya el conceptismo y su formal secuela: el barroquismo, tal como muy bien la anota el profesor Francesco Flora en su monumental obra (15).

Pero si en sus poemas sigue la moda renacentista —incluso en su preferencia misma por el soneto y el madrigal— no es menos cierto que “llegó a dotar de contenido personal tales formas y nociones convencionales” (16). Y ahí está precisamente el gran valor de Miguel Angel como poeta: en haber sabido adecuar a su temperamento, a su personalidad —dotándolos de una materia propia y auténtica— ciertas maneras poéticas que, en su proceso de decadencia, habían llegado a ser una moda, un procedimiento galante y cortesano, más que un verdadero arte. Es claro que ello no fue logrado por Buonarroti sin limitaciones, sin las imperfecciones que son visibles en muchos de sus poemas. Entre cuyas causas hay que situar en primer término aquella manera suya de crear, aquel “furor heroico con que compone” —según la expresión de Kark Frey—, y que le llevaba con frecuencia a dejar las cosas truncas, inacabadas, una vez que había pasado el inicial “raptus”, aquel su desforado ímpetu creador que no pocas veces se extinguía, al tiempo que languidecía la primera emoción dominante. Por eso ha podido decir Romain Rolland que “la mayor parte de sus poesías han permanecido como a manera de torsos apenas bosquejados” (17). Mas, aun así, es posible encontrar allí —en esas “melodías fragmentadas” de que habla Flora— acordes que salvan el poema y revelan el auténtico y verdadero poeta que en él había. Por eso el mis-

mo Flora ha podido decir muy bien que "ciertos versos aislados suyos tienen un poder de encanto mucho más persuasivo que una entera composición" (18). Y, en prueba de ello, cita versos como estos:

*"L'anima mia che con la morte parla".*

O, hablando de los ojos amados:

*"Chi non ne vive non é nato ancora".*

.....  
*"Fá del mio corpo tutto un occhio solo".*

.....  
*"I miei pensier nel vostro cor si fanno,  
Nel vostro fiato son le mie parole".*

Y, por último:

*"Piangendo, amando, ardendo e sospirando,  
Ch'afetto alcun mortal no mi é piú nuovo".*

---

Como antes se ha anotado, no es posible leer los poemas de Miguel Angel sin pensar en la escultura, puesto que este su arte primordial condiciona todos los otros que practicó: la pintura y la poesía. Por eso, según Flora, (19) esa "solidificación de las palabras", ese su "sentido lírico del peso"; "el ritmo sacro de la luz y la oscuridad"; "el arcano del claroscuro"; todo eso que, en suma, se resumen en aquella "relación de sombra y luz", "de noche y luz, que son el reino materno y primitivo de las artes de Miguel Angel", como expresión del afán plástico que siempre presidió toda creación suya. De allí deriva toda su simbología, que es antitética, de prosapia zoroástrica: "luz y sombra"; "noche y día"; "fuego y ceniza"; "vida y muerte"; "amor y desamor". Y que debe ser asociada, por ello, con esa otra que surge ya más directamente del tema de la escultura, como lo anota Chastel: el amante que extrae, como la estatua de un bloque, la imagen de su destino y de su dama; el hombre que debe esculpir en su alma "la estatua de sí mismo", su yo inmortal que el hombre perecedero esconde. Símbolos todos que son más que explicables en un hombre para quien la escultura era la motivación esencial de su existencia.

Solo otra fuerza había en Miguel Angel con parecida dimensión significativa, con tan decisiva influencia en su yo vital y anímico: el amor. Giovanni Papini lo ha dicho en su libro con palabras insustituibles: "Miguel Angel, desde la iniciación de su adolescencia, amaba siempre, amaba todo. Amaba todas las formas y aspectos del universo, todas las criaturas del mundo, todas las maravillas y las bellezas del cielo y de la tierra, del microcosmos y del macrocosmos. El que ama de verdad, el que ha nacido para amar, no ama tan solo a la mujer, que, en fin de cuentas, solo es una parte pequeña, y no siempre la mejor, de lo creado. Ama todo lo que ve y todo lo que resplandece en las alturas, y todo lo que germina y ríe en derredor. El amor auténtico y total no es simple parcialidad de elección

ni instintivo apetito de voluptuosidad. Amar quiere decir saber descubrir la portentosa unidad de las cosas diversas, saber gozar de esa visión, llenar con ella el corazón y no cansarse nunca de estar ahito con el pródigo y prodigioso espectáculo del todo". Y agrega: "De este amor por todos los seres y todos los aspectos de los seres estaba llena a rebosar el alma de Miguel Angel. Y su amor más asiduo y ferviente era, fácil es comprenderlo, para todas las criaturas en que mejor se manifiestan las proporciones y las perfecciones de la belleza, especialmente para esa divina obra maestra que es el hombre. Un hermoso cuerpo, un bello rostro —fuese de hombre o de mujer, de carne o de mármol— dejarán siempre sumido en extático arrebatado el amoroso espíritu de Miguel Angel. Y esto no habría podido darse en el hombre maduro y en el anciano si el fuego del amor no hubiera brillado ya en el niño y en el joven. La perenne presencia y potencia de un amor universal en el alma de Miguel Angel es la primera y quizá la única clave de su vocación artística" (20).

Ningunas palabras más adecuadas para dar remate a este breve estudio sobre el poeta Miguel Angel Buonarroti, cuyos versos —al decir del Aretino —merecerían "ser encerrados en una urna de esmeralda".

#### NOTAS

- (1) Giovanni Papini: "Vida de Miguel Angel en la vida de su tiempo". (Edit. Aguilar, Madrid, 1952, pág. 50).
- (2) Francesco Flora: "Storia della Letteratura Italiana". (Edit. Mondadori, Milano, 1959, Vol. III, pág. 38 y sigs.).
- (3) Romain Rolland: "Vie de Michel Ange". (Edit. Albin Michel-Club des Libraires de France, Paris, 1958, pág. 81).
- (4) Ascanio Condivi: "La vita di Michelangelo" (1553), publicada aún en vida del artista y basada en el propio recuento que él mismo hizo al autor.
- (5) Romain Rolland: Op. cit. pág. 79.
- (6) Véase más adelante la traducción que hemos hecho de ese soneto.
- (7) Papini: Op. cit. pág. 48.
- (8) Papini: Op. cit. pág. 147.
- (9) Donato Giannotti: "De'giorni che Dante consumó nel cercare l'Inferno e'l Purgatorio" (1545).
- (10) Papini: Op. cit. pág. 149.
- (11) R. Rolland: Op. cit. pág. 153.
- (12) Una muy útil —aunque antigua— antología de Miguel Angel es la publicada por Luigi Venturi: "Buonarroti, Rime e Lettere" (Istituto Editrice Italiano, Milano, sin fecha).
- (13) Paolo D'Ancona: artículo sobre Miguel Angel en el "Dizionario Biografico degli Autori", tomo I, págs. 356-363. (Edit. Bompiani, Milano, 1956).
- (14) ".....escribe lo que Febo, Euterpe y el furor le dictan, y luego, solo él entiendo lo que ha escrito".
- (15) F. Flora: Op. cit. pág. 38.
- (16) R. Rolland: Op. cit. pág. 153.
- (17) R. Rolland: Op. cit. pág. 81.
- (18) F. Flora: Op. cit. pág. 32.
- (19) F. Flora: Op. cit. pág. 31.
- (20) Papini: Op. cit. págs. 50-51.

## TRES SONETOS DE MIGUEL ANGEL

(Versión libre de Néstor Madrid-Malo).

"NON HA L'OTTIMO ARTISTA..."

*Non ha l'ottimo artista alcun concetto,  
Ch'un marmo solo in sé non circonscriva  
Col suo soverchio; e solo a quello arriva  
La man che ubbidisce all'intelletto.*

*Il mal ch'io fuggo, e 'l ben ch'io mi prometto  
In te, donna leggiadra, altera e diva,  
Tal si nasconde; e perch'io non viva  
Contrario ho l'arte al disiato effetto.*

*Amor dunque non ha, né tua beltate,  
O durezza, o fortuna, o gran disdegno  
Del mio mal colpa, o mio destino, o sorte.*

*Se dentro del tuo cor morte e pietate  
Porti in un tempo, e che 'l mio basso ingegno  
Non sappia ardendo trarne altro che morte.*

"NON HA L'OTTIMO ARTISTA..."

*No posee el grande artista algún concepto  
que ya en el mármol no se circunscribe  
con plenitud, más solo a ello arriba  
la mano que obedece al intelecto.*

*El mal de que yo huyo, el bien que me prometo,  
en tí escondes, mujer bella y altiva;  
Y no será posible que yo viva  
si en mi arte no hallo el tan ansiado objeto.*

*Mas de ello ni el amor ni tu hermosura  
o tu desdén, dureza ni fortuna,  
ni mi destino o suerte, tienen culpa.*

*Pues si en tu corazón llevas al tiempo  
muerte y piedad, qué raro si mi ingenio  
de ello, ardiendo, tan solo extraiga muerte?*



PER DANTE ALIGHIERI

*Dal ciel discese, e col mortal suo, poi  
Che visto ebbe l'inferno giusto e 'l pio,  
Ritornó vivo a contemplare Dio  
Per dar di tutto el vero lume a noi:*

*Lucente stella, che co' raggi suoi  
Fe chiaro, a torto, el nido ove nacqu'io  
Né sare' 'l premio tutto 'l mondo rio:  
Tu sol, che la creasti, esser quel puoi.*

*Di Dante dico, che mal conoscite  
Fur l'opre sue da quel popolo ingrato  
Che solo a' iusti manca di salute.*

*Fuss'io pur lui! c'a tal Fortuna nato,  
Per l'aspro esilio suo, con la virtute,  
Dare' del mondo il piú felice stato.*

A DANTE ALIGHIERI

*Descendiendo del cielo con mortales  
vestiduras, tras ver el justo infierno,  
a contemplar a Dios tornó viviente  
para darnos su lumbre verdadera.*

*Estrella luminosa que a mi cuna  
otorgas esplendor inmerecido,  
que el mundo falso compensar no puede,  
pues solo tú, su autor, puedes hacerlo.*

*De Dante digo así, de quien las obras  
desconocidas fueron por el pueblo  
ingrato que a los justos solo ignora.*

*Pudiera yo ser él! Por su destino,  
y por su duro exilio y sus virtudes,  
diera del mundo el más feliz estado.*

*Per esser manco, alta signiora, indegnio  
Dell'immensa vostr'alta cortesia,  
Prima, all'incontro a quella, usar la mia  
Con tutto il cor volse 'l mie basso ingegnio.*

*Ma visto poi c'ascendere a quel segnio  
Proprio valor non é c'apra la via,  
Perdon domanda la mie colpa ria,  
E del fallir piú saggio ognior divegnio.*

*E veggio ben com'erra, s'alcun crede  
La grazia, che da voi divina piove,  
Pareggia l'opra mia caduca e frale.*

*L'ingegnio e l'arte e la memoria cede:  
C'un don celeste mai con mille pruove  
Pagar puó sol del suo chi é mortale.*

---

(1) Enviado a Vittoria Colonna con la siguiente esquila:

“Volevo, signiora, prima che io pigliassi le cose che Vostra Signiora m'á piú volte volute dare, per riceverle manco indegniamente che io potevo, far qualche cosa a Quella di mia mano. Di poi riconosciuto e visto che la gratia d'Iddio non si puó comperare, e che 'l tenerla a disagio é pechato grandissimo, dico mie colpa, e volentieri decte cose accetto; e quando l'aró, non per avéle in casa, ma per essere io in casa loro mi parrá d'essere in paradiso: di che ne resteró piú obrigato, se piú posso essere di quel ch' i' sono, a vostra signoria.

“L'apportatore di questa sará Urbino, che sta meco; al quale vostra signoria potrà dire quando vuole ch'i' venga a vedere la testa c' á promesso mostrámi. E a quella mi rachomando.

Servidore di Vostra Signiora,

MICHELANGELO BUONARROTI”.

A VICTORIA COLONNA

*Por tan indigno ser, gentil señora,  
de vuestra inmensa y alta cortesía,  
antes, de corazón, mi bajo ingenio  
quiere corresponderos con la mía.*

*Mas, si para llegar a tales sitios  
veo que no hay valor que abra la vía,  
perdón os pido por mi culpa cierta,  
pues del error más sabio siempre torno.*

*Y así comprendo cuánto se equivoca  
quien crea a mi obra, frágil y caduca,  
digna de vuestra gracia tan divina.*

*Arte, ingenio, memoria, todo falla:  
cómo puede un mortal, aun con mil pruebas,  
pagar él solo celestiales dones?*

---

(1) Traducción de la esquila remisiva:

“Quería, Señora, antes que yo recibiera las cosas que Vuestra Señoría tantas veces me ha querido dar —para no aceptarlas sin merecerlas ni tan indignamente— hacer algo por ello de mi propia mano. Mas luego, habiendo visto y reconocido que la gracia de Dios no se puede comprar y que el tenerla a disgusto es pecado grandísimo, confieso mi culpa y con placer dichas cosas acepto. Mas cuando las tenga, no para haberlas en mi casa sino para estar yo en ellas, me parecerá estar en el paraíso. De lo cual quedaré aun más obligado —si pudiera estarlo más de lo que ya lo estoy— a Vuestra Señoría.

“El portador de esta será Urbino —(Francesco Amadori di Castel Durante, llamado “el Urbino”, discípulo y amigo de Miguel Angel. —N. del T.)—, quien vive conmigo, y al cual Vuestra Señoría podrá decir cuándo quiere que yo vaya a ver la cabeza que ha prometido mostrarme. Y ello es cosa que le recomiendo.

Servidor de Vuestra Señoría,

MICHELANGELO BUONARROTI”.